

# Modelo, gendarme (y ¿milagro?)

SE conocen algunos privilegios del Brasil: ser considerado el modelo del colonial-fascismo para todo el resto de América Latina y, a la vez, operar —por estratégica delegación del imperialismo— como potencia encargada de la injerencia represiva en el subcontinente. El primer aspecto, elaborado de manera paulatina a partir de la secuencia autoritaria inaugurada por el mariscal Castelo Branco en 1964, y que se perfecciona a través de los generales Costa e Silva, Garrastazu Medici y Ernesto Gelsel, implica tanto la liquidación del populismo, en proceso de radicalización del último Presidente, João Goulart, como la instauración de un ejemplo que —por la extrema derecha— se oponga tajantemente a la seducción provocada por la experiencia de Cuba en la década del 60.

Toda alternativa intermedia queda así desbordada. Los intentos matizados del "desarrollismo" se habían enterrado con Kennedy, en 1963. Lo que corresponde es asumir la polarización condicionada por el dualismo estructural del país e instaurarlo como exclusión: o con el socialismo a la cubana o con el neofascismo a la brasileña. El resto es literatura o buenas intenciones. De ahí el modelo. Y por el hecho de haber sido los primeros en disolver un dilema mutilándolo, es que los militares brasileños aparecen hoy como los inventores, pioneros o teóricos más autorizados del neofascismo latinoamericano.

En lo que hace a su vocación de injerencia represiva en América Latina, la eficacia del militarismo brasileño ha dado numerosas pruebas: desde su impetuosa participación en el desembarco de **marines** en el Santo Domingo de 1965 para aniquilar el movimiento de Caamaño Deno, pasando por los amagos de invasión por el Norte de Uruguay en los alrededores de 1969, marcados por el apogeo del accionar **tupamaro**, hasta llegar —en 1971— a su explícita participación en la caída del general Torres, en Bolivia. Como así también en sus veleidades expansionistas o, incluso, anexionistas sobre el departamento boliviano de Santa Cruz, rico en hierro y petróleo. Línea de fuerza que —por lo demás— no sólo vendría a prolongar la incorporación del territorio del Acre en 1908, sino a corroborar la vieja estrategia **bandeirante** de permanente progresión sobre las fronteras vecinas. Porque si el neofascismo brasileño, por una faz, pretende superar todas las

propuestas políticas modernas, por el revés de la trama cultiva escrupulosamente la tradición avasalladora de los Emperadores Bragança, del siglo XIX, ya se trate del jadeante romanticismo de dom Pedro I como del implacable y puntual positivismo de su hijo, dom Pedro II (ver Sérgio Buarque de Holanda, **Caminhos e fronteiras**, Rio Janeiro, 1957).

En este orden de cosas, parte fundamental del "milagro" brasileño consiste en insinuarse en la zona amazónica del Perú, sobre todo en el Oriente de los departamentos

## David Viñas

de Loreto y Madre de Dios, para matar así varios pájaros de un tiro: 1) Imponer su presencia en regiones limítrofes escasamente pobladas; 2) presionar sobre el control de la riqueza en hidrocarburos del área, y 3) cuestionar la solidez del llamado "nacionalismo castrense" y sus posibilidades como modelo tercerista al provocar inquietudes en la derecha militar del Perú.

En dirección al Ecuador, las tensiones del "Estado gendarme" son similares. Dado que la línea Quito-Guayaquil es considerada su salida **natural** sobre el Pacífico, la ruta interoceánica que sale de Manaus apunta sistemáticamente al puerto ecuatoriano de San Lorenzo. Con el agravante de que en este punto particular el Brasil tiene la posibilidad de poner en juego su hegemonía sobre el protocolo de Río de Janeiro de 1942, pudiendo decidir como árbitro —en última instancia— entre las concesiones ecuatorianas a la Royal Dutch y las peruanas a la Standard Oil. Como se trata de una zona aún en litigio, le cabe reproducir el conflicto de 1932 entre Bolivia y Paraguay, concluido en una guerra que ya entonces favoreció los intereses fronterizos del expansionismo brasileño, reactualizado hoy al máximo por los actuales dirigentes militares.

## Actas, obispos y torturas

Ese modelo brasileño que de manera metódica se proyecta hacia América Latina como la sombra de un gendarme delegado y expansivo, en términos de política interna se fue estructurando con las llamadas "actas institucionales": desde el número uno, promulgada po-

cos días después del derrocamiento de Goulart (mediante la cual se prescinde de la Constitución y se proclama que las actividades oficiales quedan al margen de "todo examen judicial"), a la número cinco, que disuelve el Congreso Nacional y autoriza la confiscación de bienes de los opositores políticos (13-XII-68), hasta desembocar en la número quince, que implanta la pena de muerte por "delitos políticos". Claro está que con esta serie de recursos la tradicional oposición política al militarismo ha sido prácticamente eliminada.

Incluso la oposición en armas, teorizada por Marighella y llevada a su culminación por el ex sargento Lamarca, fue aniquilada sistemáticamente ya sea a través del aprendizaje panameño llevado a cabo por los miembros de la Alianza Anticomunista Brasileña, los recursos parapoliciales del CCC (Comando de Caza de Comunistas) o los implacables procedimientos del "Escuadrón de la Muerte", puestos a prueba en todo tipo de tortura (véase "Pau de arara", **La violencia militar en el Brasil**, Ed. Siglo XXI).

Como resultado de esa política de tierra arrasada, sólo la Iglesia brasileña sobrevive con cierta autoridad y fuerza como para denunciar —ya que no oponerse categóricamente— al Régimen militar. (Inédito fenómeno eclesial que también se da en el Paraguay de Stroessner, donde hace más de veinte años que no existe oposición política alguna, y en el Chile actual, donde toda oposición clásica ha sido arrasada.) En la Iglesia del Brasil, la tradición crítica proviene de la acción de dom Helder Camara, quien, después del viaje de Paulo VI a Colombia en 1968 y de la consiguiente fundación de la Confederación Episcopal Latino Americana con vistas a la difusión del **aggiornamento** propuesto por el Concilio Vaticano II, organizó el movimiento Acción, Justicia y Paz, "interconfesional, abierto a todos los hombres de buena voluntad", condicionando un nítido desplazamiento a la izquierda de los sacerdotes más lúcidos por su cotidiana vinculación con la base.

Perseguido el obispo Camara, han sido sus discípulos quienes han retomado su comprometido criticismo. El primero fue monseñor Casaldaliga, sacerdote de origen español, designado obispo de San Félix-do-Aroguai en 1971, quien denunció la concesión de 190.000 hectáreas a una compañía de São Paulo en el Matto



Lo que se exhibe victoriosamente y lo que

Grosso. Concesión que presupone la eliminación del pueblo de Santa Terezinha, enclavado en su diócesis. Recientemente, las denuncias de tropelías contra sectores populares han corrido por cuenta de dom Adriano Hipólito, obispo de Nova-Iguaçu, arrabal de Río de Janeiro. Pero sus críticas han sido brutalmente sancionadas por la Alianza Anticomunista Brasileña, organización que lo acusa de pertenecer al grupo radical de monseñor Waldir Calheiros, obispo de Volta-Redonda: su oficina fue incendiada y su Fiat destruido —como advertencia— con una bomba colocada frente al local de la Conferencia Nacional de Obispos Brasileños.

Pese a todo, las reacciones de los obispos críticos se han dado a conocer en serie y enfáticamente: "Se pretende intimidar a la Iglesia a causa de sus tomas de posición frente a la situación social del Brasil", acaba de declarar monseñor

Géraldo Fernandés, obispo de Londrina. Agregando: "Aquellos que emiten su opinión —periodistas, abogados, sociólogos— están sometidos al juicio de los represores". Y en los primeros días de octubre, el propio arzobispo de Río de Janeiro, el cardenal Eugenio Salles, ha declarado: "Triste país aquel donde la suerte de sus ciudadanos está a merced de un pequeño grupo".

Evidentemente, la época en que los sacerdotes brasileños creían en "milagros" va siendo dejada atrás. El acento puesto sobre el fidelismo se desplaza a la actividad apostólica. Es que las adhesiones jerárquicas y la exaltación triunfalista paulatinamente van dando paso a actitudes más comprometidas y horizontales.

## Entre la energía nuclear y los muyurunas

Pero el modelo neofacista no se detiene en sus rasgos expansivos y de interferencia sobre los países

Latina le obliga al Brasil a crecer permanentemente mediante cualquier procedimiento, con vistas a empinarse más y más sobre el resto de los países del subcontinente. Incluso sin aceptar la propuesta de colaboración sugerida por Carlos Castro Madero, representante de Buenos Aires, sobre reactores regeneradores capaces de aprovechar residuos de combustible ya utilizado. Es que, debido a su función de gendarme del subcontinente, Brasil no puede dejar de profundizar sus distancias respecto de cualquier competidor más o menos próximo. Y por, sobre todo, de ese "tradicional enemigo" en la cuenca del Panamá y el Plata, representado por la Argentina.

Y si se tiene en cuenta —además— que la República Federal Alemana se ha comprometido, de acuerdo al último tratado entre Bonn y Brasilia, a realizar instalaciones de alta tecnología a partir de la entrega inmediata de dos centrales de 1.325 megatonnes, y que, por su lado, el Japón acaba de otorgar al Brasil, luego del viaje del

Este elitismo cubre la ciudad de Río de Janeiro y retumba en Brasilia. Pero en la zona limítrofe de la Amazonia, según acaba de denunciar el etnólogo brasileño Paulo Lucena, la autoexterminación practicada por los indios muyurunas alarma: matan a sus hijos porque no toleran la llegada de la civilización.

Se trata de una civilización que avanza y que presupone la entrega de las tierras muyurunas. Claro, para enclaves de las centrales nucleares. El acuerdo de Bonn, entonces, y el préstamo de Tokio tienen su verdadero eco allá lejos, al Oeste de la Amazonia. Como parte decisiva de lo que en la superficie se conoce con el nombre de **milagro brasileño**.

## Dos emblemas: Kubitscheck-Helder Cámara

El ambiguo fenómeno provocado por ese **milagro** que —por fin—

repetitivo **milagrismo** brasileño apoyado en los ejes sucesivos del Nordeste, luego de Minas Gerais, más adelante de São Paulo, pasando por Manaus, hasta llegar, en 1976, a la Amazonia (véase Juan Maestre, **Made in America**, ZYX). Todos, con su episódica cuota de modernización coyuntural, pero ninguno involucrando una modificación global. Gestos, repeticiones, ciclos, pero sin avance ni profundización. A lo sumo, reiterando el ritmo del típico tiempo del subdesarrollo. Tiempo circular y no dialéctico. Tiempo de Borges, no de revolución.

En función de eso es que los militares brasileños exhiben sus éxitos: 70.000 fábricas en São Paulo. Ciudad de 8.000 autobuses. Con el mayor crecimiento en América. En 1985, tercera ciudad de todo el mundo, con 40 ó 50 millones de habitantes. Kissinger asegura a canciller Antonio Franco Azevedo da Silveira que Escudra Brasileña será núcleo de la OTAS (Organización del Tratado del Atlántico Sur). Espectacular Villa Atómica dedicada a la física nuclear. **O melhor do mundo**. Pelé, Fittipaldi. Campeones.

Pero los contrastes: Brasil uno de los países mayor proporción accidentados trabajo. Brasil trece años dictadura ejemplar renta "per cápita" bajado un 30 por 100. Brasil 40 millones habitantes subalimentados. Brasil enfermos mentales 10 millones. De tracoma: dos millones. Mal Chagas: 10 millones. Brasil 40 millones viven casas deficientes.

Nos decía el novelista Jorge Amado: "Mi país es como una naranja de Piauí: muy bella y dorada por fuera, casi como de oro, pero, por dentro, seca, amarga y con bichos. Viven bien —vivimos bien— diez millones de brasileños, pero a los otros noventa se los comen los piojos".

La máscara y el rostro, como en una tragedia pirandelliana. Lo que se exhibe victoriosamente y lo que se escamotea con pulcritud. Si el "milagro" se sintetiza en la cultura de fachada de Brasilia, el resto del país prolonga lo más lamentable de los **sertões**. Como si el emblema del primer aspecto fuera Juscelino Kubitscheck (porque pese a que los militares lo excluyen de los honores, aceptaron su continuidad espectacular y wagneriana) y del segundo aspecto, de lo tapado, dom Helder Cámara.

Cabría preguntarse, por tanto, si la reciente muerte del fundador de Brasilia —con todo lo que ese signo urbanístico presupone aún para el general Geisel— no insinúa la primera crisis de un "milagro" exterior, carcomido por dentro. ■ D. V.



se escamotea: si el "milagro" se sintetiza en la cultura de fachada de Brasilia, el resto del país prolonga lo más lamentable de los **sertões**.

límitrofes, ni en la necesidad represiva (que acaba de alcanzar al **Romeo y Julieta**, intentado representar en Río por el Bolshoi de Moscú). Su dinámica interna, como variante crispada del capitalismo, no concluye, sino que genera una proliferación. Claro que, como el cáncer: vertiginosa e incontrolada.

Nada de extraño tiene, por lo tanto, que el presidente de la comisión brasileña de energía nuclear, Gervasio de Carvalho, presidente de la XX Conferencia General de la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA), recientemente clausurada en Río de Janeiro, haya declarado taxativamente que el Brasil no está dispuesto a firmar el tratado de "no proliferación nuclear". Y que si algo se le cuestiona al Brasil, sólo deberá replantearse en la próxima Conferencia, a reunirse en Viena en febrero de 1977".

Su papel de modelo en América

general Geisel a Tokio en el mes de septiembre pasado, un préstamo de 3.000 millones de dólares, parecerían comprensibles las veleidades hegemónicas de los militares de Río de Janeiro.

Explica **O Jornal do Brasil**: "esas actitudes tan firmes se deben a que el Brasil, a través de sus Fuerzas Armadas, realmente ha sabido imponer en todo su territorio el modelo autoritario. Ni contradicciones, ni huelgas, ni guerrillas. **El rey Pelé es nuestro ídolo**. La Argentina, en cambio, en ese terreno no puede ofrecer nada más que promesas de estabilización y de orden interno con vistas a la tranquilidad de los posibles inversores extranjeros. Porque si la liquidación de toda oposición sistemática en el Brasil hoy predomina —concluye el diario carioca—, en la Argentina, el Ejército todavía chapalea en la pingosa charca de la represión".

resuena en los trasfondos de la Amazonia, parece haber tomado como pivote precisamente a esa región. Pero no sólo por el infanticidio de los muyurunas. Antes fueron los indios sometidos al paternalismo del general Rondón y de la FUNAI, que pretendía protegerlos: muchos de ellos recibieron los "regalos de alimentos envenenados y de ropas infectadas de viruela (véase Lucien Bonard, **Masacre de indios en Amazonas**, Tiempo Nuevo, Caracas, 1970). Los procedimientos utilizados por Custer contra los cheyenes y por el general Roca en la Patagonia de 1880, parecen aún conservar eficacia en el Brasil de hoy.

Es así, de esa manera, como la Amazonia puede convertirse en el escenario del más reciente ciclo de los muchos por los que ha pasado ese país: palo tintorero, azúcar, diamantes, café, caucho. Es decir, el